

Chuya Chaki *

HUGO NIÑO

A la aldea de Awanari llegó un hombre a pedir albergue. Como era por la tarde sólo se encontraban las mujeres y los niños menores, pues los demás se hallaban fuera, unos trabajando en sus chagras y otros cazando.

La más vieja de las mujeres, que era la madre de Awanari, le brindó una totuma de muyá, el licor de yuca, diciéndole que esperara hasta la llegada de los cazadores.

Chuya-Chaki —el hombre—, se sentó sobre un tronco en la gran cocina donde trabajaban las mujeres. La construcción era descubierta a los lados y con techo de palma a dos aguas.

Chuya-Chaki miraba con una mezcla de aburrimiento y curiosidad. Vio que dos de las mujeres se dirigieron a una choza pequeña y oscura en donde había un gran recipiente de madera tallado en un tronco que contenía licor en fermentación, el muyá. Entre las dos habitaciones estaba la maloka, la vivienda comunal. Las tres construcciones formaban una especie de arco cuya cuerda estaba constituida por un riachuelo. Un pequeño puente de troncos unía a la aldea con el camino que hendía la selva, por donde habían partido los hombres y por donde habrían de regresar.

Las dos mujeres llenaron unas grandes totumas y regresaron a la cocina; otra pareja descolgó un tipití con el que se dedicaron a colar el líquido. Observó mientras lo introducían por la garganta

* Cuento tomado del libro *"Primitivos relatos contados otra vez"*.

del instrumento, un tubo flexible tejido en caña lisa; luego cada una esperó a tirar de un extremo y poco después el jugo goteaba.

Una anciana habló:

—Prometieron traer buena carne; por eso preparamos el muyá, para recibirlos.

Chuya-Chaki asintió.

—Así agradecemos y premiamos su esfuerzo. Al retornar, los que han obtenido caza avisan tocando el maguaré, ese gran tambor tallado en tronco de árbol que hay cerca de la aldea y nosotras salimos a su encuentro. Cuando no consiguen nada no avisan y ellos mismos buscan de beber. Ya no. . .

Chuya-Chaki se había levantado y simulando ir detrás de la malo-ka, desapareció por el camino de la selva.

Cayendo la tarde, Awanari se reunió con la mayoría de los hombres, para disponer el regreso. Antes deberían juntar las piezas obtenidas y distribuirlas en partes iguales para llevarlas de vuelta. Como habían matado una danta, tuvieron que despresarla, era tan grande, que fueron necesarios diez hombres para poder cargarla, una parte cada uno.

Con habilidad cortaron hojas de una pequeña palma de chambira y las fueron entrelazando hasta dar forma a bolsas en que guardaron la carne; luego cortaron bejuco, con los que fijaron los bultos a la espalda.

El cielo se oscureció, se oyeron algunos truenos y comenzó a llover.

—Es mejor que regresemos, o no podremos caminar bien con la lluvia. Los otros deben estar ya con mi hermano Watinga y los encontraremos por el camino o allá en nuestra casa —dijo Awanari.

Emprendieron la marcha, con Awanari a la cabeza. La lluvia había oscurecido la tarde y no se podía ver bien; al rato la tierra se puso lisa por el agua, por lo que a veces resbalaban, haciendo difícil cada paso.

Como a la mitad del camino, Awanari se sintió fatigado; supuso

que sería por la carga y el camino resbaloso, por lo que pensó hacer un descanso más adelante creyendo que los demás se sentirían igual. Las voces de los caños, las aves, los zaínos pisando las ramas, todo había desaparecido bajo los sonidos de la lluvia; Awanari ya no oía sino la lluvia cayendo sobre las hojas de los árboles, la lluvia cayendo sobre el agua de los caños, la lluvia cayendo sobre la lluvia que ya había caído, sólo lluvia cayendo, cuando se dio cuenta de que no reconocía el lugar por donde caminaban y de que era muy posible que se hubieran perdido. Tal vez sus compañeros también lo habían notado, porque caminaban en silencio y sus ojos se oscurecían de preocupación.

Casi no veía ni sentían nada; sólo oyendo la lluvia. Awanari se sentía triste al pensar en cuántas cosas estarían pensando los hombres y éstos se sentían tristes porque sabían lo que Awanari pensaba. Había pasado mucho tiempo y aunque cesara de llover, ya había oscurecido definitivamente y era seguro que el agua había borrado las señales del camino, por lo que de todas formas tendrían que esperar hasta el otro día para reorientarse. Este sería el mejor de los casos. "Ojalá a los otros no les haya pasado lo mismo", deseaban mientras caminaban, no solamente por la esperanza de llegar, sino por no abandonarse a la incertidumbre.

¡Tam, tam, tam! se oyeron unos sonidos y pensaron que sería el maguaré. Entonces estarían cerca de la aldea y debía ser Watinga que regresaba y lo tocaba para avisar a las mujeres. La esperanza regresó a ellos y se encaminaron rápidamente hacia donde se oían los sonidos. Una vez en el lugar sería fácil llegar a la aldea, que quedaba muy cerca. Pero caminaron bastante, de manera que ya debían haberlo encontrado, sin lograr nada.

¡Tam, tam! sonó nuevamente el maguaré, esta vez en otra parte. Desconcertados, pensaron que se habían extraviado nuevamente o que a causa de la lluvia habían oído mal; pero después de mucho caminar en la nueva dirección no encontraron nada.

¡Tam, tam, tam. . . ! luego, nada más. Agobiado, Awanari decidió gritar llamando a su hermano:

—Watinga, Watingaaa. . .

—()

—Wat tingaah. . . ah. . . ah.

La lluvia no cesó sino hasta cuatro días después, durante los cuales las mujeres estuvieron vigilantes, esperando oír el maguaré que anunciaría la llegada de los hombres.

Triste, la madre de Awanari pensó en Chuya-Chaki y también en el caminante de varias tardes antes; pero al mirar en torno sus ojos no lo vieron.

Nunca regresaron.